

AÑO 62 // N°388 // NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2023

LA SANA DOCTRINA

TODA LA PALABRA DE DIOS PARA TODO EL PUEBLO DE DIOS



Revista bimestral identificada con asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo en Venezuela

EDICIÓN

Noviembre - Diciembre
Año 2023
Número 388

REDACTORES

GUILLERMO WILLIAMS (Fundador: 1958-61)
SANTIAGO SAWORD (1961-76)
SANTIAGO WALMSLEY (1976-93)
ANDREW TURKINGTON (1993-Presente)

CONTACTO

 Teléfono: +58 424 4149856
 E-mail: revistasanadoctrina@gmail.com
 <https://sanadoctrina.net/contactar/>

DISEÑO GRÁFICO
HÉCTOR C. POLANCO

EDITORIAL

"La Sana Doctrina" es una revista digital Cristiana para la edificación, exhortación y consolación de creyentes en el Señor Jesucristo. Se publica por hermanos congregados en el Nombre del Señor Jesucristo en asambleas Bíblicas en Venezuela. No es la voz oficial de ninguna organización o iglesia, sino un medio para difundir lo que la Biblia enseña. Será de interés para los que verdaderamente aman al Señor Jesucristo y desean someterse en todo a la autoridad suprema de la Palabra de Dios.

Esta revista es enteramente gratuita y puede ser difundida libremente, con tal que no sea con fines de lucro. Ninguno de los contribuyentes percibe remuneración alguna. Animamos a los ancianos de asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo promover entre los creyentes la lectura de la revista. Los artículos pueden ser reproducidos en otras publicaciones con la condición de que no se altere en modo alguno su contenido y se indique su procedencia (Tomado de: "La Sana Doctrina") y autor.



CONTENIDO

¿Cómo puede ser preservada una asamblea? (1)	3
Andrew Turkington	
Nombres de la Deidad (3)	7
Gelson Villegas	
Fallas en el Testimonio de David (3)	10
Albert McShane	
Contra la Corriente (2)	15
John P. Shaw	
Consejos para Predicadores	17
Ernesto L. Moore	
Lo que Preguntan...	23
Gelson Villegas	
Salvado por un Tratado Evangelio	24
Mensajes del Amor de Dios/ Andrew Turkington	

¿Cómo puede ser preservada una asamblea? (1)

por Andrew Turkington



La iglesia que es Su cuerpo, compuesta de todo verdadero creyente desde Pentecostés hasta el Rpto, no puede ser destruida. El Señor dijo: "edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Mt 16.18). Pero una iglesia local, es decir una asamblea compuesta por los creyentes bautizados en una localidad, sí puede ser destruida. Pablo dijo: "Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él" (1 Cor 3.17). El Señor dijo a la iglesia de Éfeso: "Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido" (Ap 2.5).

La formación de una asamblea congregada sencillamente en el Nombre del Señor Jesucristo, no garantiza que va a permanecer hasta la venida del Señor. Por un lado, sabemos que solamente el Señor puede preservar una asamblea de las embestidas del Enemigo, quien hará todo lo que está en su poder para destruir un testimonio al Nombre del Señor. Pero, por el otro lado, nosotros somos responsables de mantener el ejercicio espiritual en dependencia del Señor.

Por ejemplo, la asamblea en Filipos estaba en peligro de ser destruida por la contienda entre los hermanos. Así como una grieta extendiéndose en una pared elevada, amenaza ruina (Is 30.13), la falta de comunión entre dos hermanas (Fil 4.2), podría terminar en la extinción del candelero de testimonio. Por esto, el apóstol les anima: "ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor" (Fil 2.12), refiriéndose a la necesidad de salvar la asamblea de un fracaso.

Vamos a considerar algunos ejercicios espirituales en que debe ocuparse la asamblea para que el testimonio sea preservado.

La Cena del Señor

La noche que fue entregado, el Señor instituyó este memorial tan precioso. Después de partir el pan y después de tomar la copa, el Señor les mandó a sus discípulos: "Haced esto en memoria de mí" (1 Cor 11.24,25). El apóstol Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, indica que en este memorial anunciamos la muerte del Señor "hasta que él venga". Se entiende claramente por Hch 20.6,7 y 1 Cor 16.2 que la práctica de las iglesias en los tiempos apostólicos era celebrar la Cena de Señor cada primer día de la semana. El Señor en Su sabiduría sabía

que este memorial celebrado cada primer día de la semana sería un poderoso preservativo para el testimonio de la asamblea. Veamos cómo la Cena del Señor puede guardar una asamblea hasta que el Señor venga:

1. Nos ayuda a mantener encendido el fuego de la devoción por el Señor.

La tendencia del fuego es apagarse. Uno de los trabajos diarios del levita era buscar leña para mantener ardiendo el fuego en el altar. La multiplicación de la maldad a nuestro alrededor enfría nuestro amor por el Señor (Mt 24.12). Cuán lejos podríamos llegar, personalmente y como asamblea, si no fuera por la necesidad de prepararnos para la Cena del Señor.

Durante toda la semana anterior debemos estar buscando sacrificios de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre (Heb 13.15). Como el pueblo de Israel en el pasado, ninguno debe presentarse delante del Señor con las manos vacías (Ex 23.15).

Los corazones de los dos discípulos en el camino a Emaús estaban fríos, y "Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos" (Lc 24.15). Después que el Señor les declaró en todas las Escrituras lo que de Él decían, ellos pudieron decir: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?" Cuando el Señor partió el pan (un cuadro de la Cena del Señor), ellos le reconocieron.

Ocuparnos diariamente con el Señor por medio de Su Palabra, en anticipación

de la Cena del Señor, nos va a guardar cerca de Él.

2. Nos recuerda el sacrificio supremo del Señor

Cuando el creyente pierde de vista el Calvario, va a vivir una vida egoísta, y la asamblea va a sufrir. Pero, celebrar semanalmente la Cena del Señor, no nos permite alejarnos mucho de la cruz. El pan nos recuerda su cuerpo dado en sacrificio, y la copa su sangre derramada.

Para participar de la Cena del Señor dignamente, debemos "discernir el cuerpo del Señor". Es decir, no tomamos el pan y la copa como si fuera cualquier alimento, sino meditando en su significado tan especial. ¿Cómo podemos quedarnos insensibles ante los símbolos del supremo sacrificio del Señor? Los dulces momentos que pasamos junto a la cruz, inevitablemente van a producir una respuesta en nuestros corazones: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Rom 12.1).

De modo que, la experiencia cada primer día de la semana de estar junto a la cruz en la Cena del Señor, restaura nuestras almas y trae gran beneficio al testimonio colectivo de la asamblea.

3. Nos ayuda a examinarnos y juzgar el pecado en nuestras vidas

El pecado no confesado estorba nuestra comunión con el Señor y trae consecuencias para toda la asamblea. Así como los sacerdotes tenían que

lavarse las manos y los pies antes de entrar en el tabernáculo, el creyente debe juzgar el pecado en su vida antes de venir a la Cena del Señor. Participar con pecado no confesado, es hacerlo indignamente, y puede traer juicio de parte del Señor.

Es preferible confesar el pecado inmediatamente que estemos conscientes de haber faltado. Ni siquiera debemos dejarlo para mañana: "No se ponga el sol sobre nuestro enojo" (Ef 4.26). Pero si no lo hemos hecho antes, por lo menos tenemos que hacerlo antes de ir a participar de la Cena del Señor. "Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa...Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados" (1 Cor 11.29,31).

No es un asunto de ausentarnos de la Cena si hemos cometido faltas durante la semana. Dice, "pruébese... y coma así del pan, y beba de la copa". Si al examinar nuestra vida, descubrimos que hay faltas no confesadas, debemos valernos de la provisión divina: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn 1.8). Por supuesto, si hay pecados que ameritan la disciplina de excomunión, sería un atrevimiento participar de la Cena en esa condición.

4. Nos constriñe a estar en comunión con nuestros hermanos

Como ya mencionamos, haciendo referencia a la iglesia de Filipos, la falta de comunión puede llevar una asamblea a la extinción. Pero la Cena del Señor

ayuda a mantener esa comunión entre los creyentes. El pan no es solamente un símbolo del cuerpo físico del Señor, sino también de su cuerpo místico, la iglesia. "Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan" (1 Cor 10.17).

Al participar del mismo pan estamos expresando la comunión que hay entre nosotros. ¿Qué debo hacer si no estoy hablando con un hermano debido a alguna disputa ocurrida durante la semana? Si él y yo participamos de la Cena, estaríamos actuando hipócritamente. Pero si me ausento por esa razón, estaría desobedeciendo el mandato del Señor: "Haced esto en memoria de mí". No me queda otra, que resolver el problema con mi hermano antes del domingo, para poder ser obediente al Señor.

El Señor enseñó: "si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda" (Mt 5.23,24). Sencillamente, el Señor no quiere mi ofrenda si no estoy gozando de comunión con mi hermano.

Nos cuesta tanto humillarnos para reconocer nuestras faltas, que a veces recurrimos al artificio de ir a otra asamblea para no participar juntamente con mi hermano. Pero, ¿el Señor se agradaría de eso?

5. Nos constriñe a mantener la separación del mundo

Una asamblea puede perder su carácter distintivo y aun dejar de existir a los ojos del Señor, por perder su separación del mundo.

Un barco puede estar en el agua y todo está bien. Pero si el agua se mete en el barco, puede naufragar. Así una asamblea puede navegar bien en este mundo, con tal que el mundo no se meta en la asamblea.

La Cena del Señor nos obliga a mantener esa separación del mundo.

La comunión con el Señor es una comunión exclusiva. "No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios". Pretender gozar de comunión con el Señor en la Cena del Señor, y a la vez tener comunión con el mundo, es peligroso. "O provocaremos a celos al Señor? ¿Somos más fuertes que él? Si queremos seguir disfrutando de esa preciosa comunión, guardémonos del mundo en todos sus aspectos.

6. Nos mantiene en la expectativa de la venida del Señor

Cuando un creyente pierde de vista el pronto regreso de su Señor, se descuida y puede llegar a tratar mal a sus hermanos o entregarse a una vida liviana (Lc 12.45). Por el otro lado, "todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Jn 3.3). Cada vez que nos sentamos

en la Cena del Señor, no solamente estamos mirando hacia atrás y recordando el sacrificio de Cristo. También estamos mirando hacia adelante, porque este memorial lo estaremos haciendo "hasta que él venga" (1 Cor 11.26). De modo que, si durante la semana nos hemos olvidado que el Señor está por venir, la Cena del Señor nos recuerda que antes de llegar el próximo domingo podríamos estar con Él.

7. Nos edifica

Los corintios no estaban celebrando la Cena del Señor correctamente: "no os congregáis para los mejor, sino para lo peor" (1 Cor 11.17). Por eso el apóstol les lleva al principio y les recuerda cómo fue instituido este memorial. De modo que hay verdadero provecho espiritual cuando celebramos la Cena del Señor como debe ser. No solamente el Señor recibe la adoración que Él merece recibir de nosotros. Nosotros también salimos fortalecidos, animados, con nuevos propósitos de ser fieles a Él.

La reina de Sabá vino a Salomón con un séquito muy grande; "nunca vino tan gran cantidad de especias, como la reina de Sabá dio al rey Salomón". Pero cuando regresó, "el rey Salomón dio a la reina de Sabá todo lo que ella quiso y le pidió, más de lo que ella había traído al rey" (1 Cr 9.1-12). El Señor no es deudor de nadie. Si nosotros venimos a la Cena del Señor con ejercicio de corazón trayendo sacrificios de alabanza, volveremos a casa colmados de lo que el Señor nos ha dado.

Nombres de la Deidad (3)

por Gelson Villegas

En esta parte del presente escrito, notaremos que los nombres primarios de la Deidad aparecen acompañados de un término (de aquí, pues, la expresión “nombres compuestos”). Este término expresará, según sea cada caso, la identidad, los actos, el carácter y, de una manera especial, la relación e identificación con el hombre en sus necesidades. Así se muestra que Dios mismo es la fuente de toda gracia, poder, sabiduría y suficiencia.

Jehová Elohim

Este es uno de tantos de los nombres compuestos que tienen como término de inicio “**Jehová**”. Como ya se ha comentado en la sección de nombres primarios de la Deidad, en este caso “**Jehová**” apunta hacia la naturaleza de la Deidad y “**Elohim**” señala Su poder.

Así, muy tempranamente en la Revelación de Dios el nombre **Jehová Elohim** comienza a desvelarse relacionado con la creación física: “Jehová Dios hizo la tierra y los cielos” (Gén. 2.4, vea también vs. 5,7,9,19). De igual manera, se utiliza en conexión con la corona de la creación, es decir el hombre. Eso es muy evidente y significativo leyendo los versículos 7,8,15,16,18,19, 20 y 21 al 25.

Jehová-Jireh

Significa “El Señor proveerá”, y se usa con mucha frecuencia en referencia a la provisión de Dios en asuntos de orden material, y esto en círculos cristianos. Al respecto, no negamos la suficiencia proveedora de nuestro Dios en este sentido.

Él sabe cuándo nuestro esfuerzo y diligencia para sostenernos y proveer para la familia han llegado al límite.

Así, el Señor –cual nuestro Booz celestial– nos pide extender la capa para darnos las medidas de cebada acordes a nuestra necesidad (vea Rut 3.15).

Pero la referencia capital a este nombre de la Deidad la encontramos en relación a la provisión salvífica de Dios de una víctima inocente y suficiente. Esta víctima suple la necesidad de redención del pecador, y también satisface plenamente las justas demandas de la perfecta justicia de Dios.

Y es así, sin duda, que esta última declaración queda maravillosamente ilustrada (¿y por qué no decir profetizada?) en ese impresionante cuadro de Génesis

22.1-18. Allí Isaac preguntó a su padre Abraham: “¿Dónde está el cordero para el holocausto?”, y éste le respondió: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto...” (vs. 7,8). La plena concreción de esta promesa fue el señalamiento en vivo que hizo Juan el bautista, apuntando a Cristo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1.29).

Igualmente, es en el Nuevo Testamento donde encontramos una medida de la intensidad de esa provisión: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Rom 8.32). A este respecto, cantamos:

“*Bendito nuestro Dios,
que nos ha dado el Hijo de su amor,
el don que incluye todo otro don
¡Bendito nuestro Dios!*”

Me gusta cantarlo: “El don que **excede** todo otro don”. Se trata del himno número 243, en Himnos Del Evangelio, Edición 2014.

Jehová-Nissi

Significa “El Señor es mi bandera o estandarte”, y está conectado con la experiencia de aquel pueblo que Dios sacó de la esclavitud de Egipto. En tránsito hacia Canaán, llegó a Refidim, y al no encontrar agua desconfió de su Dios y altercó contra Moisés. Tal estado de desánimo y debilidad fue aprovechado por el enemigo para tratar de hacer daño al pueblo rebelde y contradictor: “Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim” (Ex 17.8). Siempre será así, el enemigo nunca desaprovechará cada punto débil de los

que son del Fuerte. Entonces “Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada” (v. 13), no por mérito de aquel pueblo, sino por la mucha gracia del Dios de ellos. Fue este escenario y la conclusión victoriosa del conflicto contra Amalec, lo que llevó a Josué a edificar un altar y llamarlo “Jehová-Nissi”, es decir “El Señor en mi bandera”.

Necesario es destacar aquí que la palabra “bandera” incluida en este nombre es “nes” y, según Strong proveniente de “nasás” con el significado de “ser conspicuo como señal”. Es el uso del término en el Antiguo Testamento lo que nos dará el significado cierto del mismo. Así, pues, en Is 59.19 leemos: “Vendrá el enemigo como río, más el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él”. Aquí “bandera” es un símbolo militar que implica fuerza, capacidad de resistir y disposición para la batalla. De la misma manera, en Jer 4.21 se pregunta: “¿Hasta cuándo he de ver bandera, he de oír sonido de trompeta?”, aludiendo a las banderas de escuadrones militares, de un ejército en plena campaña bélica. Concerniente a este punto, un ejemplo más nos será saludable: “Alzad bandera en la tierra, tocad trompeta en las naciones...señalad contra ella (Babilonia) capitán, haced subir caballos como langostas” (Jer 51.27). El simbolismo es claro: las naciones castigadas y saqueadas por Babilonia vendrán contra ella en son de guerra, levantando sus banderas y sonando sus trompetas en la venganza contra la nación devoradora de pueblos en la antigüedad.

Entonces, esta **Bandera** personaliza la Deidad como el Dios que adversa al enemigo y defiende la causa de su pueblo

Israel. El mismo sentido tiene la **"bandera"** mencionada en Sal 60.4: "Has dado a los que te temen bandera que alcen por causa de la verdad". Los dos últimos versículos del salmo son una evidencia del sentido bélico de "bandera" aquí: "Danos socorro contra el enemigo, porque vana es la ayuda de los hombres. En Dios haremos proezas, y él hollará a nuestros enemigos" (vs. 11 y 12).

"Déguel" es otra palabra hebrea traducida por "bandera", pero la misma no está incluida en el nombre "Jehová-Nissi". Esta palabra apunta a un símbolo, a un emblema, al parecer para identificar un grupo en relación a otro, como por ejemplo las banderas distintivas de cada tribu en Israel. Se dice que: "Los hijos de Israel acamparán cada uno junto a su bandera" (Núm 2.29), aspecto que se muestra ampliado en Núm 2.2-34 y en Núm 10.14-25. O, también como en Cnt 2.4: "Su bandera sobre mí fue amor", es decir, "su amor es un emblema visible sobre mí que dice claramente cuánto me ama". Así pareciera expresar esta maravillosa figura literaria.

Jehová-Shalom

Significa "El Señor es paz" o "Jehová envía paz", y otra vez el contexto donde se cita nos da la clave para discernir el significado (Jue 6.21-24). En ese escenario Gedeón piensa que va a morir, puesto que vio al ángel de Jehová cara a cara (v.22), pero Dios le dice: "Paz a ti; no tengas temor, no morirás". Entonces con muchísima gratitud y gozo –creemos– Gedeón "edificó allí un altar a Jehová, y lo llamó Jehová-salom" (v. 24). Sin duda, una de las lecciones que este nombre de la

Deidad nos presenta es que Su presencia con los suyos, no es para guerra o destrucción. No, Su presencia trae paz y seguridad a su pueblo. Pero para los impíos será otra cosa: "Y se meterán en las cavernas de las peñas y en las aberturas de la tierra, por la presencia temible de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando él se levante para castigar la tierra" (Is 2.19).

"Shalom" es el término que aquí se usa por "paz", proveniente –según Strong– de la palabra hebrea "shalám" (ser o estar seguro, en mente, cuerpo o estado).

De manera que "Jehová-salom" retrata a nuestro Dios en su perfecta capacidad para garantizar al creyente total seguridad, permitiéndole así echar fuera el temor.

En este mismo sentido usa la expresión Jacob, cuando dice: "...si volviere en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios" (Gén 28.21).

Antes de dejar este punto, nos permitimos decir una verdad de crucial importancia devocional-doctrinal. Un día los temblorosos primeros seguidores del Señor Jesús, estaban reunidos con las puertas cerradas por miedo a los judíos incrédulos. Entonces "...vino Jesús, y puesto en pie les dijo: Paz a vosotros... Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor" (Jn 20.19,20). Del temor extremo al gozo exultante. Y todo y sólo porque Jehová-salom encarnado se había presentado para infundirles confianza y seguridad.

(continuará, D.m.)

Fallas en el Testimonio de **David** (3)

por Albert McShane

Su Censo del pueblo

La mayoría estará de acuerdo en que la historia del censo de Israel por parte de David no está exenta de dificultades, pues, a diferencia de los dos casos que ya hemos considerado, a primera vista parece que no hay nada de malo en el deseo del rey de conocer el número de su pueblo o la fuerza de su ejército. Los hombres pueden comprender y apreciar el juicio de Dios sobre el engaño, el adulterio o el asesinato, pero para ellos hay algo extraño en el hecho de que un castigo tan singular caiga sobre una nación, por lo que parecía ser poco más que una ofensa menor. Sin embargo, tras una observación más atenta, se estará de acuerdo en que el error de David no fue ni mucho menos insignificante.

El pecado en las cosas espirituales, o el pecado de naturaleza religiosa, es más grave a la vista de Dios de lo que generalmente se cree, y a menudo recibe fuertes golpes de su santa mano. También surgen dificultades por el hecho de que tenemos dos relatos de este fracaso: uno en 2 Samuel 24, el otro en 1 Crónicas 21. Algunas de las afirmaciones de los dos relatos parecen ser contradictorias y no son fáciles de conciliar. En este artículo se hacen algunas sugerencias que pueden ayudar a resolver estas

diferencias, pero no se pretende hacer más que sugerencias al respecto.

Como ya se dijo, este pecado de contar al pueblo ocurrió hacia el final de la vida de David, posiblemente después de la rebelión de Absalón, y en un tiempo en que los enemigos internos y externos habían sido sometidos. Sin embargo, entonces había problemas de otra clase, porque, aunque Saúl había muerto algunos años antes, "el mal que hacen los hombres vive después de ellos". Dios, por medio de una hambruna de tres años, había despertado la conciencia de la nación con respecto a los males que el rey fallecido había hecho a los gabaonitas. A pesar de este duro castigo, el pueblo seguía entristeciendo a Dios e incitando su ira. La causa de su ira no se dice claramente, pero podemos aventurarnos a sugerir que el pueblo compartía la complacencia de su rey, que había dicho en su corazón: "Jamás seré conmovido". Un espíritu de indiferencia y descuido como ése provocaría sin duda a Dios a manifestar su profundo desagrado.

En 2 Samuel 24 se nos dice que el Señor ordenó a David hacer un censo de Israel, mientras que en 1 Crónicas 21 se dice que Satanás lo indujo a hacer



un censo. Esta dificultad desaparece si reconocemos el hecho de que Satanás sólo podía hacer lo que Dios le permitía hacer. Sin duda, el pecado de Israel abrió la puerta para que el archienemigo llevara a cabo sus malvados planes. Puede haber misterios asociados con sus obras que están más allá de nuestra comprensión, pero una cosa que las Escrituras dejan en claro es que el mal le da al Diablo un derecho legal para hacer daño, y de esto nunca deja de sacar provecho.

Hay dos preguntas que nos vemos obligados a hacer al leer esta historia: la primera, "¿Por qué David quiso censar a Israel?" y la segunda, "¿En qué consistió su pecado?". Es muy obvio que Joab, quien nunca manifestó ninguna espiritualidad, detectó algo erróneo en la idea, pues, aunque llevó a cabo el plan, tuvo poco corazón para hacerlo y parece haber abandonado la tarea antes de terminarla.

El simple hecho de contar los miles de los israelitas no podía ser un error, pues Moisés lo hizo en dos ocasiones y no hubo consecuencias graves. Algunos han pensado que la plaga se produjo porque David no recaudó el medio siclo que se le ordenaba en Éxodo 30, y sin duda la referencia que se hace allí a la "mortandad" refuerza su opinión. Por otra parte, es extraño que el profeta Gad no haga ninguna referencia a esta negligencia cuando le habla a David, ni tampoco parece que después el rey estuviera convencido de este descuido. Otros están convencidos de que, aunque se

hubiera recogido el medio siclo, la plaga se habría producido.

La respuesta a ambas preguntas se encuentra, sin duda, en el motivo que impulsó la acción de David. El gran autor del orgullo, Satanás mismo, había infundido su veneno en el corazón del anciano general, lo había hecho desear saber el número de su ejército y lo había llevado a recrearse en el poder del ejército que tenía bajo su mando. ¡Ay!, el corazón del rey había cambiado mucho desde el día en que, sin ayuda de nadie, se enfrentó y mató a Goliat, y también desde aquellos otros días en que, con poco más que un grupo de hombres, luchó y ganó las batallas del Señor. La dependencia de Dios lo caracterizaba en aquellos primeros tiempos, pero ahora su humildad mental había sido reemplazada por altos pensamientos de su propia autosuficiencia. Se había dicho a sí mismo, por así decirlo, "¿Qué ejército podrá hacer frente a los miles de Israel?" No debemos sorprendernos de que tal vanagloria y tal altivez de espíritu fue penosa a los ojos del Señor, y fue castigada por Su juicio, de modo que setenta mil cayeron en Su ira. Joab podía ver el mal involucrado y el placer que David buscaba en el asunto, pero no pudo prescribir un remedio ni hacer cambiar de opinión al rey.

Se observará que las cifras que se dan en 2 Sam 24 difieren mucho de las de 1 Cr 21. Este problema se puede resolver si reconocemos que el ejército permanente de David no estaba incluido en la cifra menor. Sabemos por

1 Cr 27 que este ejército regular constaba de 288.000 hombres. Si a esta cifra se añade el número de oficiales, podemos llegar a 300.000 en total, que es la diferencia entre los totales de Samuel y Crónicas. De la misma manera, la diferencia entre los dos registros en cuanto al número de los hombres de Judá se puede explicar si añadimos a la cifra menor de 1 Cr 21 la guardia personal del rey de 30.000 hombres que estaba con él en Jerusalén, y que con toda probabilidad se había reclutado de esa tribu.

Apenas se había hecho el censo, cuando a David le dolió el corazón. De pronto su conciencia, que había permanecido dormida durante nueve meses, se despertó de su letargo. Plenamente consciente de su culpa y de su necesidad, no había nada mejor que hacer que ir a Dios y confesar su pecado.

La gran distinción entre el mundano y el santo nunca es más evidente que cuando se comete un mal: el primero huye de su Juez, el segundo acude a Él.

El pobre hombre, aunque arrepentido de lo que había hecho, tuvo que pagar caro su crimen. El profeta Gad le presentó la posibilidad de elegir entre tres juicios. Nadie envidiaría la experiencia de encontrarse en semejante aprieto. Había poca diferencia entre ellos, pero, sopesándolos todos, él decidió por el juicio que estaba exclusivamente en las manos de Dios. La experiencia había enseñado a David que el hombre a

menudo excede su comisión, mientras que Dios a menudo modera el juicio con la misericordia. Además, la plaga de los tres días terminaría pronto y, como la mayoría de nosotros que enfrentamos problemas, deseaba acabar con el asunto lo más pronto posible.

Se habrá notado la diferencia en los dos registros en cuanto a los años de duración de la hambruna propuesta. En 2 Samuel se dice que fueron siete, mientras que en 1 Crónicas se dan como tres. Esta aparente discrepancia puede superarse si tenemos en cuenta la hambruna ya mencionada en 2 Samuel 21. Duró tres años antes de que David preguntara por su causa. Aunque satisfizo las demandas de la justicia tan pronto como fue posible, tendría que volver necesariamente otra época de cosecha, antes de que la tierra pudiera disfrutar de su abundancia. Así pues, se cuentan cuatro años de escasez, y si añadimos los tres años de hambruna mencionados en 1 Crónicas, llegamos al mismo número que se da en 2 Samuel, es decir, siete. Tal vez la razón por la que Crónicas habla de tres años solamente es porque en ese libro no se menciona la hambruna anterior.

El golpe elegido cayó con toda su furia y miles de israelitas fueron consumidos por la plaga. Posiblemente desde los tiempos del desierto nunca se habían presenciado escenas semejantes entre el pueblo de Dios. Horrorizado, descorazonado y lleno de remordimiento, el rey vio caer las ovejas de su prado como hojas en una

tormenta de otoño.

En su angustia clamó al Señor para que el golpe le cayera solo a él, porque su corazón de pastor no podía soportar ver al rebaño sufrir por lo que, a su juicio, era el castigo de su propia necesidad.

Al fin el ángel se detuvo y le dieron la noticia al afligido rey de que debía erigir un altar en la era de Ornán, el jebuseo.

Debió haber sido con paso pesado y la cabeza inclinada que subió las pendientes de la ladera hasta llegar al lugar donde estaba estacionado el Ángel con la espada desenvainada. Con la ayuda del dueño gentil, preparó rápidamente el sacrificio y lo ofreció sobre el altar recién construido. La espada fue envainada. La plaga se detuvo. Su temblor y terror se desvanecieron en presencia de la ofrenda aceptada.

La experiencia de David se parecía en cierta medida a la de Abraham en el mismo monte. Así como el carnero provisto por Dios recibió el golpe que iba dirigido contra Isaac, así también los bueyes soportaron lo que les correspondía al rey y al pueblo, y la espada levantada, por así decirlo, dio en el blanco en sus pechos. Ambas escenas, por supuesto, nos llevan a pensar en el gran antitipo: el sacrificio de Cristo en el Calvario.

Es muy probable que durante algún tiempo antes de esta experiencia solemne, David hubiera estado

preocupado por un sitio para el templo. Esta pregunta ahora tenía respuesta. Dios, al aceptar el sacrificio, había quitado toda duda de su mente. La era de Ornán se había convertido en un "Bet-el" para él. La revelación de la gracia perdonadora de Dios le hizo exclamar: "Aquí estará la casa de Jehová Dios y aquí el altar del holocausto para Israel". Mientras estaba allí en tierra santa, su terror se convirtió en acción de gracias y su aflicción en adoración. Los pensamientos de la espada desenvainada fueron reemplazados por visiones de la más grande de todas las estructuras terrenales: la morada del Señor de los ejércitos. De allí en adelante concentraría todos sus esfuerzos en reunir el material necesario para la finalización de este gran proyecto.

Aunque Ornan le ofreció a David la era gratis, sin embargo, declinó la oferta, porque un hombre como David no podía pensar en dar a Dios algo que no le había costado nada y que en realidad era propiedad de otro. La era y los bueyes se compraron por cincuenta piezas de plata, un precio abundante para lo que se había comprado, podemos estar seguros. Aquí surge nuevamente una dificultad, porque si nos dirigimos al pasaje de 1 Crónicas, nos enteramos de que el lugar le costó a David no menos de seiscientos siclos de oro. Si examinamos el asunto de cerca, probablemente llegaremos a la conclusión de que hubo dos transacciones. La primera tuvo lugar

cuando se apresuraba a ofrecer el sacrificio, y que probablemente no implicó nada más que los pocos metros cuadrados de la era y los animales para el sacrificio. La segunda incluía suficiente tierra para el templo y sus alrededores, de ahí la gran cifra requerida.

Como en ocasiones anteriores, David no podía pasar por alto este fracaso sin poner en canto las lecciones que había aprendido. Es muy probable que el Salmo 30 fuera escrito con esta experiencia en mente. El título puede sugerir a algunos que el Salmo era para la ocasión de la dedicación de la casa privada de David, pero un examen de su contenido nos haría pensar en estos acontecimientos. El significado obvio del mismo es que el "Cantar" era para usarse en la dedicación de "La Casa", y que fue escrito por David. Evidentemente era su intención que los recuerdos de las terribles circunstancias asociadas con la obtención del sitio no faltaran en medio de los regocijos de la ceremonia inaugural.

En el transcurso de este Salmo, recuerda la causa de la angustia: "En mi prosperidad dije: No seré jamás conmovido". Asimismo, cuenta el efecto que tuvo sobre él: el haber llorado, sus lágrimas habían corrido toda la noche, el hoyo y la tumba parecían haberse abierto para tragarlo, y se había vestido de cilicio. En contraste con todo este duelo, nos deja saber cómo fue liberado, de modo que la acción de gracias y el canto se

convirtieron en su porción disfrutada. Las palabras iniciales del Salmo deben notarse especialmente, porque nos dan el remedio para el fracaso de David en este momento. "Te ensalzaré, oh Señor, porque me has exaltado".

Pobre hombre, por un momento había tratado de ensalzarse y ensalzar su propio nombre, pero ahora ha aprendido, mediante dolorosa experiencia a dar toda la gloria al Señor.

Se estará de acuerdo en que existe un estrecho paralelo entre las fallas de David, que hemos considerado en estos artículos, y las fallas de la iglesia de Corinto. ¿No habían actuado como necios ante los tribunales paganos, hasta que Pablo tuvo que preguntar: "¿No hay entre vosotros sabio?" ¿No había estallado una gran inmoralidad entre ellos mientras "reinaban como reyes"? ¿Y no está impreso prácticamente en cada capítulo de la primera epístola de Pablo a ellos, que estaban engreídos y se gloriaban de sí mismos? De hecho, casi podríamos decir que las palabras del capítulo uno son la nota clave de toda la carta: "El que se gloria, gloriase en el Señor". La lección de todo esto para nosotros es seguramente que, al ver que otros han caído en los mismos males, debemos tener mucho más cuidado para no tropezar también nosotros, y recordar las palabras de la Escritura: "El que piensa estar firme, mire que no caiga".

CONTRA LA CORRIENTE (2)

por John P. Shaw

De: "Congregados en Mi Nombre",
Año 2000, No. 2

Hombres que resistieron la corriente de la Inmoralidad (como Finees)

Arrastrados por la corriente de Moab y Madián

El Rey de Moab, Balac, había llamado al profeta Balaam. Estaba angustiado viendo el avance incontenible de Israel hacia la tierra prometida, venciendo a cuántos ejércitos se le oponían. Quiso que Balaam pronunciara una maldición de Dios sobre aquel pueblo para poder derrotarlo y echarlo de la tierra. Pero Dios había advertido claramente a Balaam: "No....maldigas al pueblo, porque bendito es" (Núm 22.12). Y Balaam se vio obligado a bendecirlo en cuatro notables profecías (Núm 23 y 24), en las cuales confesó: "...contra Jacob no hay agüero, ni adivinación contra Israel" (Núm 23.23).

Sin embargo, lo que Balac no logró por las profecías de Balaam, lo logró (en parte) por el consejo de Balaam. Este perverso y astuto falso profeta aconsejó que las mujeres moabitas y madianitas sedujeran a los varones israelitas y los atrajeran a los sacrificios de sus dioses, conforme a sus abominables prácticas de prostitución religiosa. Así fueron arrastrados muchos a la idolatría y a la fornicación, por lo cual murieron veinticuatro mil israelitas bajo el juicio de Dios. La desatada inmoralidad e idolatría llegaron a tal extremo que fueron arrastrados algunos de los príncipes de Israel, y particularmente un destacado israelita que trajo a una mujer madianita a su tienda "a ojos de Moisés y de toda la congregación de Israel".

Finees resiste la marea

Fue entonces cuando la actuación de un hombre que se mantuvo puro y fiel a Dios, llevado por su celo de Dios, detuvo el

"desenfreno de disolución" (1 Ped 4.4) y el juicio divino. Ese hombre fue Finees, nieto del sumo sacerdote Aarón. Pues, levantándose en medio de la congregación y tomando una lanza, fue tras la pareja y, sin miramientos, alanceó a ambos. Finees no era de los que "siguen la corriente de este mundo". Dios encomió su actuación, por cuanto tuvo celo por su Dios e hizo expiación por los hijos de Israel", recompensándole con la promesa de un "pacto del sacerdocio perpetuo" para él y su descendencia (Núm 25.10-13).

Como Finees, nosotros también vivimos en días de gran libertinaje y corrupción moral. La sociedad mundana, representada por Moab y Madián, va desechando uno tras otro los principios de pureza, decencia y pudor. Las modas femeninas, especialmente, con audacia impía, se desvelan por rendir culto a sus "dioses", la sensualidad, y la impureza, con desvergüenza. Y los medios de comunicación se encargan de difundirlos ante los ojos lascivos del mundo. Con razón el Espíritu Santo exhorta a los creyentes, diciéndoles. "que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza" (Ef 4.17-19).

La corriente infiltra la iglesia

Que tales condiciones imperen en el mundo, no nos sorprende. Lo alarmante es cuando el pueblo de Dios es arrastrado por esta corriente inmoral. Pues, como Israel, nosotros tenemos mandamientos del Señor que nos advierten contra los pecados de



fornicación e idolatría (1 Cor 6.18 y 10.14). Y si amamos de veras a Aquel que nos amó primero, ¿cómo no vamos a querer guardar Sus mandamientos? (Jn 14.15).

Pero más grave aún es cuando los príncipes caen en tales pecados, cuando aquellos que debieran ser "ejemplos de la grey" (1 Ped 5.3) llegan a ser causa de tropiezo para ellos (Mt 18.6-9). El colmo, sin embargo, es cuando alguno de los príncipes no sólo cae en tales prácticas, sino que también las introduce en medio del pueblo de Dios. Así como Zimri, "príncipe de una casa paterna de los Simeonitas, venía trayendo a sus hermanos una mujer madianita...a vista de Moisés y a vista de toda la congregación" (Núm 25.14 V.M.), también surgen algunos hoy en día. De ellos escribió Judas (v. 4), "algunos hombres han entrado encubiertamente...que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios". Mientras que el Señor mismo, en su carta a la iglesia en Pérgamo, les dice: "Tengo contra ti...que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación" (Ap 2.14).

Necesitamos hoy de hombres como Finees

¡Cuánta falta hay en nuestros tiempos de hombres como Finees, hombres que vayan contra la corriente de decadencia moral y espiritual que caracterizan al mundo contemporáneo, y que está infiltrándose en la iglesia! Necesitamos de hombres con convicciones basadas firmemente en la Palabra de Dios, y que no teman actuar solos contra la marea, hombres como Pablo, que dijo a los Corintios, "Os celo con celo de Dios, pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos

sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo" (2 Cor 11.2-3).

¡Qué Dios levante en medio de las congregaciones varones que sepan tomar con valentía la lanza de la Palabra santa de Dios y aplicarla con acierto de modo que la corrupción sea denunciada, juzgada y detenida!

Sacerdotes que glorifiquen a Dios

Finees era un fiel sacerdote, y el primer deber del sacerdote cristiano (como lo es todo verdadero creyente) es de "ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 Ped 2.5). Sólo lo que es motivado por un sincero deseo de agradar y glorificar a Dios, será aceptable para Él. Finees honró a Dios, y Dios le honró a él (1 Sam 2.30), ordenando que fuera él quien llevara los vasos y las trompetas del santuario a la victoria sobre Madián (Núm 31.6), y que él encabezara la delegación de paz a las dos tribus y media que se establecieron al otro lado del Jordán (Jos 22.13-14). Y con el tiempo, a Finees fue dada la honra de ejercer el sumo sacerdocio en Israel, llevando el Urim y Tumim delante de Dios para consultarle (Jue 20.27-28). Y como tal, es una figura anticipada del Señor Jesucristo, nuestro glorioso y fiel Sumo Sacerdote. Navegar contra la corriente de tendencias divergentes y contrarias a las Sagradas Escrituras puede costarnos sufrimiento ahora "por causa de la justicia" y por causa del Señor (Mt 5.10-12), pero recordemos las promesas de recompensa con que el Señor nos anima, como ésta del profeta Azarías al rey Asa: "Pero esforzaos vosotros, y no desfallezcan vuestras manos, pues hay recompensa para vuestra obra" (2 Cr 15.7).

(a continuar, D.m.)

Consejos para Predicadores

por Ernesto L. Moore

(Tomado de: "Como Alcanzar a Otros para Cristo. Tomo I", Dr. Luis A. Silva Cisneros y colaboradores. Usado con permiso)



1. Apuntes de Algunas Escrituras

A. La enseñanza de Jesús. Su manera de predicar

- (1) Con autoridad. Marcos 1:21-22.
- (2) Con poder. Lucas 4:14-15.
- (3) Con sabiduría. Mateo 13:54.
- (4) Con discernimiento. Juan 4:29.
- (5) Con gracia. Lucas 4:22 ; 2:25.
- (6) Con ilustración (parábolas). Mr 4:33-34.
- (7) De manera sin igual. Juan 7:45-46.

B. El método que Jesús empleó para Predicar

- (1) Comenzó en forma natural y espontánea.
- (2) Enseñó de acuerdo a la capacidad de los oyentes para recibir Su enseñanza. Marcos 4:33; etc.
- (3) Ilustró las verdades que enseñó. Frecuentemente ilustró lo desconocido por medio de lo conocido, y ocupó lo antiguo para enseñar lo nuevo.
- (4) Preguntó a los oyentes, obligándoles a pensar en lo que acababan de oír. Las preguntas sirvieron para grabar las verdades en sus mentes, además de revelar ideas erróneas y prejuicios que pudieran tener.
- (5) Obligó (sin ser ofensivo) a los oyentes a sacar conclusiones concretas y aplicar las verdades en su vida.

C. Tres Elementos Fundamentales para Todo Predicador. Esdras 7:10

- (1) El corazón preparado, por medio de la oración y la meditación.
- (2) La voluntad dispuesta para escudriñar la Palabra de Dios con mente abierta (sin prejuicios), bajo la guía del Espíritu Santo.
- (3) La obediencia personal de parte del predicador, quien ha determinado andar en la verdad en su vida cotidiana. Se ha dicho que el predicar significa dejar que la verdad de Dios fluya a través de la vida del predicador, con la finalidad de suplir la necesidad de los oyentes.

D. Siete Guías para el Predicador Sabio. Eclesiastés 12:9-11

- (1) Firme en su propósito. "Tanto más enseñó sabiduría".
- (2) Cuidadoso en su meditación. "Hizo escuchar".
- (3) Constante en buscar material. "Hizo escudriñar".
- (4) Constructivo en componer el material. "Compuso muchos proverbios".
- (5) Comprensible en su método. "Procuró.... hallar palabras".
- (6) Conciso en preparar un bosquejo. "Escribir rectamente".
- (7) Convincente en su mensaje. "Las palabras de los sabios".

E. Requisitos para Dar Ministerio Provechoso. 1 Pedro 4:10-11.

- (1) Posesión del don de enseñar (v.10a).
- (2) Preparación por el Espíritu (v.10b).
- (3) Palabra precisa para la ocasión (v.11a).
- (4) Poder detrás del mensaje (v.11b).
- (5) Propósito - la gloria de Dios (v.11b).

2. Consejos Generales Respecto a Todo Mensaje

A. Algunas Bases para los Predicadores de la Palabra de Dios

(1) El don, la confianza y la comunicación del predicador.

Los hermanos que predicán a menudo la Palabra de Dios, deben tener algún don para predicar. También, es importante que gocen de la confianza de sus hermanos. Además, deben manifestar que están en plena comunión en la asamblea por medio de su asistencia y su participación en todas las reuniones. Por ejemplo, sería inconcebible que un hermano que nunca esté presente en la Cena del Señor se atreviera a dirigir un mensaje en otras reuniones de la asamblea.

(2) La manera de predicar. El predicador debe dirigir su mensaje utilizando una gramática aceptable, procurando emplear y pronunciar correctamente las palabras y frases. También debe hablar con voz clara y modulada, preocupándose del tono de la voz (ni baja ni estridente), de las inflexiones de la voz y de la velocidad al hablar (ni muy rápido ni demasiado lento). Debe procurar enfatizar ciertos puntos evitando así la monotonía en su manera de hablar, y debe mirar a los oyentes. Algunos predicadores tratan de captar la

mirada de cada oyente en reuniones donde no hay mucha concurrencia.

B. Sugerencias respecto al Contenido del Mensaje

(1) Cada mensaje debe basarse en textos o pasajes bíblicos bien entendidos por el predicador. Conviene dejar temas más difíciles de la Palabra de Dios para los hermanos más experimentados en predicar.

(2) Un texto fuera de su contexto sólo sirve de pretexto. Generalmente, le conviene al predicador exponer su texto en el contexto del pasaje de las Escrituras. Puede hacer otras aplicaciones apropiadas, siempre que el texto no sea forzado en su interpretación para satisfacer alguna idea extraña o preconcebida por el predicador.

(3) El tema por excelencia a través de la Palabra de Dios es Cristo. Nunca está demás enfatizar las verdades acerca de Cristo en toda predicación, sea ésta de evangelización o de enseñanza.

(4) Aunque cueste más, es aconsejable preparar un mensaje sencillo y entendible para todos, incluso para niños.

Un mensaje complicado, lleno de muchos puntos, sólo servirá para confundir y aburrir a los oyentes.

(5) Se pueden emplear "ganchos" (palabras o conceptos que comienzan con la misma letra, etc.). Pero la base del tema debe ser siempre la Palabra de Dios.

(6) Algunos hermanos suelen leer un pasaje, y en seguida vuelven a leerlo versículo tras versículo, comentando un poco sobre cada uno. Tal método puede ser adecuado para un Estudio Bíblico en general

(en el que varios hermanos están participando), pero difícilmente se le puede considerar un mensaje del Señor. Conviene examinar a través del libro de los Hechos el método que los apóstoles utilizaron. Ellos predicaron a Cristo y aludieron ciertos pasajes del Antiguo Testamento para confirmar las verdades que expusieron.

C. Sugerencias Respecto a la Manera de Predicar

(1) Hablar con autoridad, sin ser áspero ni dictatorial.

(2) Hablar de una manera que despierte el interés de los oyentes, sin tener que pedir que presten atención.

(3) Hablar en forma personal y directa (ir al grano) sin ser ofensivo.

(4) Hablar en forma amable, con palabras de gracia, sin perder el control de la lengua ni del genio, aun siendo provocado. Ninguna predicación debe ser utilizada para reprender, corregir o difamar públicamente a alguien.

(5) Hablar en forma natural, sin tratar de imitar a otros predicadores.

3. Consejos Respecto a los Mensajes en el Evangelio

A. Tres Elementos Esenciales

(1) Argumento constructivo dirigido al intelecto de los oyentes. En primer lugar, la mente del oyente tiene que conocer y aceptar la verdad. Así, el que escucha empieza a pensar seriamente en el mensaje.

(2) Testimonio convincente, calculado para despertar la conciencia del oyente. En segundo lugar, su conciencia tiene que aprobar la verdad y aplicarla a su ser moral.

Ahora se revela su poder de sentir, mientras va aplicando la lección a su propia alma. En esta fase los oyentes o están dispuestos a recibir la verdad o siguen resistiéndola.

(3) Exhortación que constriñe, la cual va dirigida a la voluntad. En tercer lugar, la voluntad del oyente tiene que rendirse y recibir a Cristo.

B. Un ejemplo que ilustra los Tres Elementos. El primer mensaje de Pedro, Hechos 2.

(1) El argumento constructivo, Hechos 2:14-21.

En su argumento respecto a la señal de hablar en lenguas, Pedro aclaró lo que esto no era y después afirmó lo que era, con respecto a la profecía de Joel. En seguida hizo la aplicación personal para los oyentes.

(2) El testimonio convincente, 2:22-36.

El testimonio se concentró en Cristo, con evidencias manifiestas de su poder divino. Entonces Pedro les recordó el plan Divino que permitió la acción de verdugos humanos. En su testimonio hizo hincapié en la resurrección de Cristo, recordándoles los hechos irrefutables recién pasados, y el cumplimiento de la palabra escrita por David en los Salmos. Terminó su testimonio presentando un contraste entre Cristo y David, afirmando el cumplimiento de la promesa Divina con argumentos concluyentes.

(3) La exhortación que constriñe, 2:37-40.

En su exhortación Pedro enfatizó la necesidad de arrepentirse de corazón y de hechos.

(4) Los resultados evidentes, 2:37,41-42.

Muchos oyentes, conmovidos y

compungidos de corazón, pidieron más luz espiritual y obedecieron la exhortación de Pedro. Los resultados se evidenciaron por medio de su constancia en andar en la luz.

C. Algunas sugerencias básicas para todo hermano que predica el Evangelio

(1) No ser predicador profesional.

La tendencia existe en cada uno de nosotros de dedicarse a un sólo oficio o tarea. Lo mismo puede suceder en cuanto a la predicación del evangelio.

Aunque rehúsen títulos religiosos, algunos hermanos podrían dedicarse solamente a predicar en un local o sala, sin buscar las almas. Esta tendencia podría servir para alejarles de las almas y de su necesidad espiritual.

Por lo tanto, es necesario que los hermanos que predicán el evangelio procuren equilibrar su enfoque y su conocimiento de las almas perdidas, a través de la obra personal de evangelización.

(2) Un mensaje preparado.

El predicador debe estar preparado de antemano, con un mensaje del Señor, acompañado de mucha oración y meditación. Conviene planificar el mensaje, e incluso anotar los puntos principales, etc. en forma de bosquejo sencillo.

(3) El vestuario del predicador.

Los hermanos que predicán la Palabra de Dios, junto con los que participan en orar y pedir himnos en público, están representando a todos los hermanos congregados en el Nombre del Señor. Por lo tanto, es necesario que se vistan de una manera ejemplar, reflejando decencia y orden (1 Corintios 14:40)

en su apariencia exterior. Vestirse en forma casual (Ej., la ropa deportiva) significa un desprecio por la Palabra de Dios y quita cierta importancia y peso al mensaje. Se recomienda que el predicador se vista de traje formal, sin importarle donde se celebre la reunión, y que los hermanos presentes imiten el ejemplo dejado por él. Conviene recordar que somos “embajadores” (2 Corintios 5:20). Nota: Sin embargo, hay que tomar en cuenta el ambiente donde se encuentre, con el fin de ganar a otros para Cristo. Ver 1 Corintios 9:19-23.

(4) La hora para iniciar la reunión.

Es importante iniciar la reunión a la hora concertada, estando presentes y sentados adelante los hermanos que van a predicar. Ellos no deben llegar después del comienzo de la reunión, porque esto podría interpretarse como un menosprecio del horario o como restarle importancia a la reunión.

(5) El inicio de la reunión.

El hermano que debe escoger los himnos a cantar de antemano, con discernimiento y oración. Al pedir el himno, conviene repetir el número del himno dos o tres veces en voz alta. Entonces, puede leer las líneas de la primera estrofa mientras las personas presentes están buscando el número en el himnario.

(6) Avisos al principio de la reunión.

El hermano que abre la reunión puede dar la bienvenida sin multiplicar las palabras. También puede anunciar las reuniones de la semana. Entonces los predicadores no tendrán necesidad de dar una bienvenida ni otras palabras introductorias.

(7) La confianza del predicador.

El predicador debe subir a la plataforma con su confianza en el Señor y en Su Palabra, sin confiar en sí mismo. El estado de preparación del predicador, con respecto a su mensaje, su meditación y oración de antemano, se verán reflejados en la confianza que manifiesta al iniciar su predicación.

(8) La lectura de la Palabra.

Es importante anunciar el pasaje o texto con claridad, en voz alta, dos veces por lo menos, para que los oyentes puedan encontrarlo en sus Biblias. El predicador puede esperar brevemente mientras los oyentes buscan el pasaje en sus Biblias. He aquí una advertencia: si ellos tienen que buscar muchos pasajes en libros poco conocidos del Antiguo Testamento, se confundirán y perderán la lectura.

(9) Los pasajes escogidos.

No conviene leer muchos pasajes, ni hacer largas lecturas de capítulos enteros. Por supuesto, uno puede hacer mención de otros versículos en el curso de su predicación, sin leerlos. Para eso será necesario aprender de memoria una cantidad de textos apropiados.

Es posible predicar un mensaje basado en un sólo versículo, analizándolo frase tras frase.

(10) La introducción del tema.

Al iniciar la predicación, no conviene dar una introducción o trasfondo muy largo del tema, agregando muchos detalles o pormenores. Lo importante es predicar a Cristo, y todo detalle debe cumplir el propósito de dirigir la atención de los oyentes al Salvador.

(11) La claridad del mensaje.

Es importante utilizar palabras sencillas, conocidas y fáciles de entender, Si el

predicador emplea términos bíblicos no bien entendidos, puede dar una explicación sencilla de ellos. Ciertos términos abarcan verdades básicas de la obra de Cristo, e incluyen lo siguiente: propiciación, expiación, redención, etc. Nunca está de más enfatizar estas verdades básicas respecto a la salvación. También es asombrosa la ignorancia universal de la Biblia entre las gentes en general. Por lo tanto, el predicador necesita tomar en cuenta esta ignorancia al referirse aún a las historias más elementales.

(12) Un mensaje equilibrado.

Es importante enfatizar la ruina espiritual del hombre a causa del pecado, la condenación y el juicio eterno. Pero el predicador sabio dará énfasis principalmente a la Persona y la obra redentora de Cristo realizada en la cruz y terminada con su sepultura y gloriosa resurrección. Respecto a la exhortación personal a través del mensaje, él aplicará las dos verdades básicas que se encuentran en las palabras del Señor Jesús ("El arrepentimiento y el perdón de pecados", Lucas 24:47) y del apóstol Pablo ("del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo", Hechos 20:21).

(13) El empleo de ilustraciones.

Una ilustración, sea anécdota o de otra índole, puede servir de ventana para una mayor comprensión de las verdades que el predicador está exponiendo. Sin embargo, su tema no debe basarse en una anécdota, sino en la Palabra de Dios. Tampoco deberá servir una ilustración para distraer a los oyentes del tema y los puntos principales del mensaje.

Es lamentable que algunos predicadores mal preparados procuran llenar los vacíos en sus mensajes con un repertorio de anécdotas.

(14) La manera de predicar.

El predicador debe utilizar una gramática y pronunciación aceptables, un tono de voz agradable, y una velocidad de lenguaje fácilmente entendible. También debe manifestar su seriedad y sinceridad de principio a fin. En cuanto a los temas concernientes al juicio de Dios y al infierno, el predicador sincero sentirá el peso de sus palabras, hablando con tristeza y dolor. No tratará estos temas de una manera superficial ni ligera. Tampoco los hablará con dureza, como si quisiera vengarse de los que no quieren recibir el mensaje.

(15) El entusiasmo del predicador.

Alguien ha dicho con razón que se debe predicar como si fuera la primera vez que los oyentes escuchan el evangelio, y como si fuera la última vez que ellos tendrán la oportunidad de oírlo.

(16) La actitud física.

El predicador puede acompañar lo hablado con algunos ademanes y expresiones faciales, sin exagerar. Estos servirán para dar énfasis a ciertos puntos y para mostrar su entusiasmo respecto al tema. Los ademanes (es decir, los movimientos de la mano) deben guardar relación con lo que se está planteando. En cuanto a las expresiones faciales, el predicador debe manifestar seriedad, sin ser muy parco o estoico de rostro. Su expresión, sea de gozo o de tristeza, ayudará a impactar y quizás conmover a los oyentes.

(17) La mirada del predicador.

La mirada del que habla en público es una parte importante de su comunicación. Un corazón lleno de sincera compasión y amor, del temor de Dios y la humildad no fingida, y de la fe inconmovible en lo que afirma, se

reflejará en esa "pantalla" facial en la que se concentran las miradas de los oyentes atentos. Conviene dirigir los ojos imparcialmente a todos los oyentes, mirando a cada uno con la misma amable franqueza y confianza que usaría en una conversación personal. Así evitará concentrar la mirada en una sola persona, grupo o lado del local.

(18) Desórdenes durante la reunión.

No se presta ninguna predicación para retar a los oyentes. Tampoco conviene llamarle la atención a nadie desde la plataforma, salvo en un caso excepcional. Si hay disturbios de parte de algunos, sean niños u otros, el predicador pueda guardar silencio unos momentos, o pedir que uno de los hermanos (o hermanas) trate de solucionar el problema. Después puede conversar en privado con el culpable.

(19) Terminar el mensaje.

El predicador debe considerar la manera de terminar su mensaje, sin agregar muchas frases como hilachas de una tela. Si dos predicadores están participando, el primero debe limitarse a 20 minutos. Y en esto conviene que los hermanos jóvenes den preferencia a los de más edad (ver Levítico 19:32; etc.).

(20) La conclusión de la reunión.

En lo posible, el segundo predicador debe terminar la reunión a la hora convenida, sin pasarla en mucho más de cinco minutos. Por supuesto, le resultará difícil respetar este horario si el primer predicador alarga su mensaje. La reunión es de carácter evangelizador, dirigiéndose los mensajes a los inconversos en particular. Por lo tanto, no conviene alargarla mucho más de una hora, salvo en caso especiales o por arreglo previo.

Lo que Preguntan

por Gelson Villegas

Enviar preguntas al:

 +58 424-7226148



En Jn 10.9, la expresión “entrará y saldrá” ha causado confusión a muchos. Aun, cierto predicador leyó hasta “será salvo” y comentó que el resto no lo leía, porque él mismo no lo entendía. ¿Será posible presentar alguna ayuda al respecto?

Primero, es algo muy patético levantarse a predicar y, a su vez, confesar en público que no se tiene claridad sobre la porción escogida para tan elevada responsabilidad. Cuando algo así erosiona la idoneidad del mensajero, ya el Diablo tiene buenos argumentos para afectar la efectividad del mensaje.

Segundo, si leemos Juan 10, del verso 1 al 30, nos daremos cuenta que **la puerta** a la cual el Señor metafóricamente se refiere, es la puerta del lugar donde los rebaños de ovejas son guardados durante la noche o en tiempos de mucho frío. En ninguna manera el verso habla de la puerta de una casa. Entonces, tenemos que leer el verso 9 completo, porque allí hay una secuencia que nos da una enseñanza completa. Ningún

“predicador” tiene derecho a mutilar el tema:

- 1) Yo soy... (eso es **Identificación**);
- 2) La [única] puerta (eso es una necesaria **Aclaración**: una sola puerta tenía el arca, una sola puerta tenía el atrio del tabernáculo);
- 3) **El que** por mi **entrare** (eso es una personal **Decisión**);
- 4) Será salvo (la más grande **Bendición**);
- 5) Entrará, y saldrá, y hallará pastos (eso es una segura **Provisión**).

Es decir, la oveja –el que ha creído– que ha entrado por la puerta para estar segura de los peligros de afuera durante la noche, en la mañana ella sale a los campos de pastoreo para tomar su alimento. Pero ella no sale sola, pues el buen pastor, “cuando ha sacado fuera todas las propias [las que son de él], va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz” (Jn 10.4). El pastor las lleva a “lugares de delicados pastos” para que descansen, y “junto a aguas de reposo” para pastorearlas (Sal 23.2).

SALVADO POR UN TRATADO

Andrew Turkington (adaptado)

Un joven Cristiano pasaba de casa en casa repartiendo tratados —un buen trabajo para jóvenes creyentes. Estaba convencido que “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2.4). Para ser salvo es necesario creer en el Señor Jesucristo y “la fe es por el oír y el oír por la Palabra de Dios” (Romanos 10.17).

Cada vez que recibas un folleto del Evangelio, no pienses que es por pura casualidad. Entiende que es el mismo Dios que quiere hablar a tu corazón. “En una o en dos maneras habla Dios; pero el hombre no entiende” (Job 33.14)

El joven llegó a una casa y tocó la puerta, pero no hubo ninguna respuesta. Tocó de nuevo y esperó. Tocó la tercera vez, y finalmente escuchó que alguien se acercaba. La puerta se abrió un poquito y el creyente inmediatamente presentó el tratado, el cual fue rápidamente agarrado, y se cerró la puerta.

El Señor Jesucristo también está llamando a la puerta de tu corazón. Él dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3.20). Él “es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3.9).

La recepción no fue muy animadora, pero el creyente siguió su trabajo, orando que el tratado recibido tan fríamente, fuese usado por Dios para salvación.

La semana siguiente, volvió a pasar por la misma casa. Esta vez no tuvo que tocar dos veces, porque la puerta se abrió enseguida.

“Pase adelante”, dijo el mismo hombre de la vez pasada. Pero realmente no era el mismo hombre; estaba muy cambiado. Cerrando la puerta tras el visitante, le hizo subir por la escalera. “¿Tienes miedo?”, preguntó el hombre extraño. “No”, respondió el joven, con su confianza puesta plenamente en el Señor, mientras el hombre le llevaba más y más arriba hasta llegar a un cuartico en el nivel más alto de la casa.



Abriendo una puerta, introdujo su visitante a una escena que podría haber hecho temblar al más valiente. De una viga colgaba una cuerda, en cuyo extremo había un nudo corredizo y debajo del nudo había una caja.

“¿Tienes miedo?”, volvió a preguntar el hombre. “No”, dijo el joven, sintiendo que aún allí el Señor estaba con él. “Entonces déjame decirte que cuando tocaste la puerta el domingo pasado, mis pies estaban sobre esa caja y mi cabeza en ese nudo corredizo. Decidí no responderte; pero cuando insististe en tocar, pensé en ver quién era, antes de ahorcarme. Bajé, tomé tu tratado, y lo leí de una vez. Fue de tanta bendición para mí, que aquí estoy todavía vivo”.

El carcelero de Filipos también estuvo a punto de quitarse la vida (Hechos 16.23-34). Despertado por un gran terremoto a la medianoche, vio las puertas abiertas y pensó que los presos habían huido. Pero desde el calabozo de más adentro se oyó una gran voz: “No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí”. Era Pablo, el predicador del evangelio que él había metido allí el día anterior.

“Él entonces, pidiendo luz, se precipitó adentro, y temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas; y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”.

Quitarse la vida no soluciona los problemas de nadie, y si uno no es salvo, le lleva a un eterno tormento en el infierno. **Hay un Dios en el cielo que te ama y ha hecho todo lo necesario para salvarte.** “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3.16). “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5.8).